

Manuel Crespo Díez
Santa María de Matallana (Villalba de los Alcores, Valladolid).
Ocupaciones tardoantiguas y medievales

[A stampa in *The archaeology of early medieval villages in Europe*, a cura di Juan Antonio Quirós Castillo, Bilbao 2009 (Documentos de Arqueología e Historia), pp. 375-382 © dell'autore – Distribuito in formato digitale da "Reti Medievali", www.retimedievali.it].

Santa María de Matallana (Villalba de los Alcores, Valladolid). Ocupaciones tardoantiguas y medievales

MANUEL CRESPO DÍEZ

RESUMEN

Se presenta un primer avance de los resultados de las investigaciones arqueológicas desarrolladas en el yacimiento de Santa María de Matallana. A lo largo de mil años se sucedieron en el lugar ocupaciones de Época Romana, Visigoda y Medieval hasta la instalación definitiva de una importante abadía cisterciense a finales del siglo XII.

PALABRAS CLAVE: Matallana, villa romana, necrópolis, iglesia, cerámica.

1. INTRODUCCIÓN

Matallana se sitúa en el extremo septentrional del término municipal de Villalba de los Alcores (Valladolid), en un espacio a caballo entre la plataforma calcárea de los Torozos, cuyas escarpadas cuevas se alzan al Oeste y Sur del enclave, y las campiñas arcillosas de Tierra de Campos que se abren, en dilatado horizonte, hacia el Norte. Esta localización confiere al lugar una posición privilegiada. Agua abundante, proporcionada por los arroyos Mijares y las Cárcel, pastos y labrantíos en su entorno directo, así como bosques de encina y roble en las proximidades, son algunas de las bondades que adornan el lugar y que explican que haya estado ocupado, casi sin interrupción, desde el Calcolítico hasta nuestros días.

El lugar es conocido por haber sido sede, entre 1185 y 1835, del monasterio cisterciense de Santa María de Matallana. Sin embargo, las investigaciones arqueológicas desarrolladas en el entorno del cenobio durante la última década han puesto de manifiesto la existencia, en un espacio de no más de 13 has de extensión, de un nutrido conjunto de yacimientos que, para el periodo que nos interesa, abarcan desde época altoimperial hasta la plena Edad Media (fig. 1).

2. OCUPACIÓN ROMANA

Durante las excavaciones arqueológicas realizadas en el interior del monasterio son frecuentes los hallazgos de cerámicas y materiales constructivos romanos. Sin embargo, hasta la fecha no se han encontrado depósitos sedimentarios o estructuras del periodo, procediendo todos los hallazgos de estratos formados a partir del acarreo de tierras para nivelar el terreno previo a la construcción de la abadía.

Inmediatamente al Norte del monasterio se localiza Prado Guadaña donde se han excavado los restos de dos edificios, muy alterados por una necrópolis posterior, delimitados por muros de mampostería cogida con tierra y argamasa y solados con delgados pavimentos de *opus signinum*. Su cubierta estaba formada por tejas curvas y tégulas y, a juzgar por la escasa potencia de sus cimientos bien pudieron haber tenido una sola planta en alzado. Considerando los materiales cerámicos recogidos entre sus derrumbes, el final de estas construcciones podría fijarse en el siglo V d.C.

Menos de 100 m al norte de Prado Guadaña se localiza el pago de Picón Entrecaminos. Aquí, los trabajos de prospección han permitido delimitar una concentración de materiales latericios y cerámicos que revelan una ocupación del sitio entre finales del siglo I y el V d.C. En el extremo occidental del yacimiento se excavó parte de una pequeña estructura subterránea interpretada como hipocausto. Tallada en el substrato geológico del terreno, sus cierres aparecían reforzados con paredes de hormigón hidráulico y sus suelos pavimentados en *opus signinum*. Paralelos a sus lados largos y apoyados contra los muros de hormigón se levantaban una suerte de muretes de tégula y ladrillo que servían para dar apoyo a dos pilas de hormigón dispuestas transversalmente sobre la estructura subterránea. Completando el conjunto,

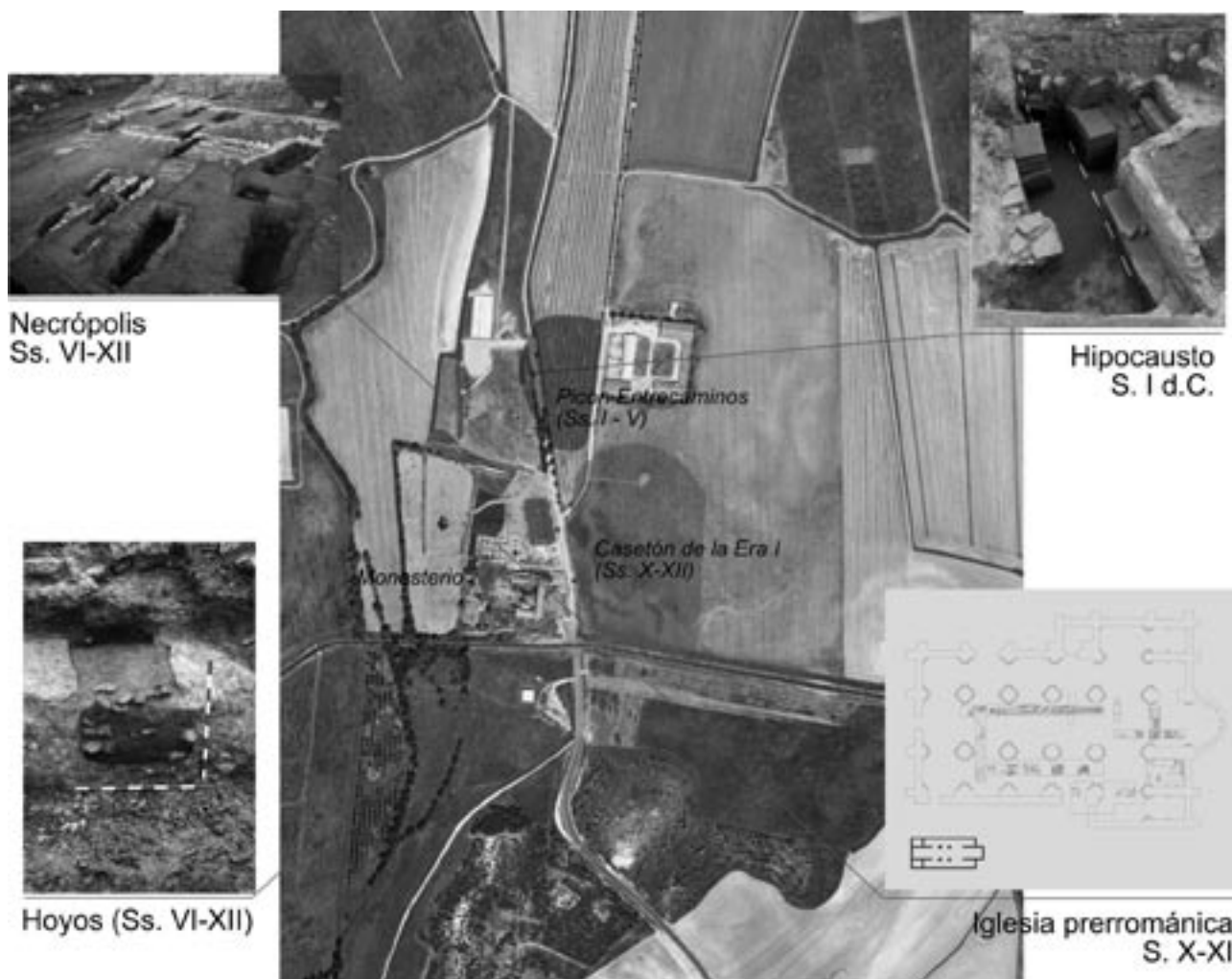


Figura 1. Situación de los yacimientos citados en el texto.

el lado oriental de la estructura aparecía cerrado por un arco de medio punto, facturado en ladrillo, a cuyos pies se disponía una lechada de carbones y cenizas. El interior de la estructura estaba relleno por materiales constructivos y tierra entre las que se recuperaron algunos fragmentos de T.S.H. datables en época Flavia.

Junto a estos hallazgos, y por lo que indicativo sobre la funcionalidad del asentamiento pudiera tener, hemos de señalar la aparición descontextualizada de teselas de caliza gris y blanca en diferentes puntos del monasterio. La presencia de estos restos musivarios, junto a la localización del posible conjunto termal, nos llevan a manejar la hipótesis de que nos hallemos ante un asentamiento tipo villa, en el que la *pars urbana* se sitúe en Picón Entrecaminos, mientras que la *pars rustica* se corresponda con las estructuras descubiertas en Prado Guadaña.

3. OCUPACIÓN HISPANOVISIGODA

Aunque escasos, los restos hispanovisigodos descubiertos en Matallana permiten atisbar la existencia de una ocupación tardoantigua cuya localización, desafortunadamente, todavía desconocemos.

Las evidencias más visibles se han localizado en Prado Guadaña. Allí, sobre las ruinas de la edificación romana y cuando ésta se hallaba destruida hasta los cimientos, se instalará una necrópolis. Hasta la fecha se han excavado 8 tumbas, todas ellas con unas características formales muy similares. Se trata de sepulturas en fosa simple, de planta ovalada y cubiertas con grandes lajas de caliza. En su interior descansa el difunto con la cabeza al Oeste, en *decubito supino* y con los brazos extendidos en paralelo al cuerpo. A juzgar por la posición de los restos cadavéricos, la descomposición de los

cuerpos tuvo lugar en espacio vacío. Únicamente una de las tumbas está reutilizada –por un enterramiento infantil que quizá corresponda a una fase posterior de utilización del camposanto– y otra presenta evidencias de manipulación de los huesos del difunto tras su descomposición ya que el cráneo había sido recolocado sobre el vientre del finado mientras que el maxilar inferior conservaba su posición original. A los rasgos descritos debemos añadir la presencia de inhumaciones acompañadas de depósitos funerarios.

- Tumba nº 10: Enterramiento infantil con dos pendientes de bronce (fig. 2.3) e hilos dorados en torno al cráneo.
- Tumba nº 18: Un jarrito o botella de base plana, cuerpo globular, estilizado y cuello alargado en forma de embudo. En el centro del cuello se dispone un gollete del que arrancan dos asas de cinta. Está decorada con tres bandas horizontales hechas a peine dispuestas sobre la mitad superior del vaso (fig. 2.2). Además, el dedo anular izquierdo del difunto portaba un anillo de bronce con chatón rectangular decorado con un ovalo flanqueado por pequeños trazos horizontales.
- Tumba nº 22: Un hacha de hierro de pala biapuntada, astil curvo, empuñadura tubular y tope con filo curvo (fig. 2.1). En Soto del Real (Madrid), se halló un hacha muy similar a la nuestra. Sus descubridores la han catalogado

como visigoda, relacionándola formal y funcionalmente con el *dolabrum* romano y negando su empleo como arma (ARDANAZ *et alii*, 1997: 425 y fig.6; BARROSO y MORÍN, 2006: 742 y fig. 16). Acompañando al hacha aparecieron un herraje de puerta y una plaquita de cobre con remaches apuntados que quizás formaron parte de un armazón de madera utilizado para transportar el cadáver a la tumba.

Grapas y pequeños clavos han aparecido también en el interior de varias sepulturas. Su reducido número –una grapa de hierro en las tumbas nº 17 y 19 y dos clavitos en la 10– parece descartar que se trate de parte de auténticos ataúdes. Más bien nos inclinamos por algún tipo de parihuela de madera confeccionada de urgencia para transportar y depositar el cadáver en la tumba.

Además de las tumbas, contamos con los materiales cerámicos recuperados en el interior de un hoyo excavado en el subsuelo del patio de entrada al monasterio. La subestructura se incluía dentro de un generoso campo de silos en el que se exhumaron 16 estructuras de almacenamiento subterráneo: 8 del Bronce Antiguo, 7 plenomedievales y una hispanovisigoda. Esta última deparó un reducido conjunto cerámico compuesto por dos tipos de producciones. La primera estaba constituida por cerámicas comunes de color gris o negro, ricas en desgrasantes micáceos y cuarcíticos de grano medio y caracterizadas por presentar un acabado bastante tosco. El segundo grupo se componía de cerámicas mucho más finas, facturadas con arcillas bien decantadas, ricas en cristales de mica muy finos y cocidas en atmósfera reductora. Sólo se reconocían dos formas. La primera consiste en un pie de copa, corto, anular y de sección troncocónica (fig. 2.5), que recuerda a las copas Rig. 15 y para el que podemos citar un buen paralelo en una pieza completa rescatada en el yacimiento abulense de Navasangil (LARRÉN *et alii*, 2003: fig. 2.22). La segunda consiste en una jarra de cuello cilíndrico y borde ligeramente exvasado de cuyo labio parte un asa de cinta de sección anular y acanaladura central (fig. 2.4).



Figura 2. Materiales hispanovisigodos.

4. OCUPACIÓN ALTO – PLENOMEDIEVAL

Con anterioridad a la llegada de los monjes blancos, existía en Matallana una aldea conocida como *Mataplana*. Aparece citada por primera vez

en 1140. Ese año, la Infanta doña Sancha dona a la Orden del Hospital de San Juan de Jerusalén, el monasterio de Santa María de Bamba con todas sus propiedades. Entre ellas se citan dos iglesias: *Sancto Martino de Mathaplana* y *Sanctum Salvatorem de Mathaplana* (AYALA, 1995: 187-190, nº 41) que articularían la vida religiosa de la aldea. *Mataplana* reaparece en otros dos documentos, ambos datados en 1181. En el primero, Alfonso VIII restituye a la Orden de San Juan los bienes donados por la Infanta (ibidem: 309-311, nº 134). En el segundo, el monarca entrega a la Orden la villa de *Alcubiella* en el valle Esgueva a cambio de todo lo que poseía en *Mataplana* (GONZÁLEZ, 1960: 654-655, nº 377). Dos años más tarde el rey entrega el lugar a Tello Pérez de Meneses quien, hacia 1185, cede *Mataplana* a la Orden del Cister para que allí funde una abadía.

Las intervenciones arqueológicas llevadas a cabo los últimos años en Matallana nos están permitiendo desvelar algunos aspectos de la vida y desarrollo de la aldea.

En primer lugar debemos citar los hallazgos realizados en el pago de El Casetón de la Era. Este topónimo denomina una gran parcela de relieve llano situada inmediatamente al Este del monaste-

rio. Prospecciones arqueológicas han permitido reconocer la existencia, en el ángulo suroeste del inmueble, de una gran concentración superficial de materiales constructivos (teja curva, fundamentalmente) y cerámicos esparcidos sobre un área de unas 8,5 has, si bien el yacimiento debe ser de mayor extensión ya que hacia el Oeste se introduce bajo las ruinas del monasterio. A partir de estos hallazgos proponemos localizar en este lugar el emplazamiento de *Mataplana*.

En Prado Guadaña, situado unos 80 m al noroeste de El Casetón de la Era, a las afueras por tanto del núcleo de habitación de la aldea, se localiza una necrópolis medieval que perpetúa el uso funerario dado al lugar en época visigoda.

Allí, sobre una superficie de intervención de 487 m², se han exhumado 44 sepulturas y un área de almacenamiento subterráneo (fig. 3). Desde un punto de vista estratigráfico la necrópolis se organiza en dos fases diferentes. La más antigua está compuesta por 35 tumbas de las siguientes tipologías:

- Tumbas de lajas: Se trata del modelo más representado (77%). En su construcción se utilizó piedra traída de los páramos vecinos, mientras que tejas y tégulas recuperadas de los escombros del edificio romano fueron

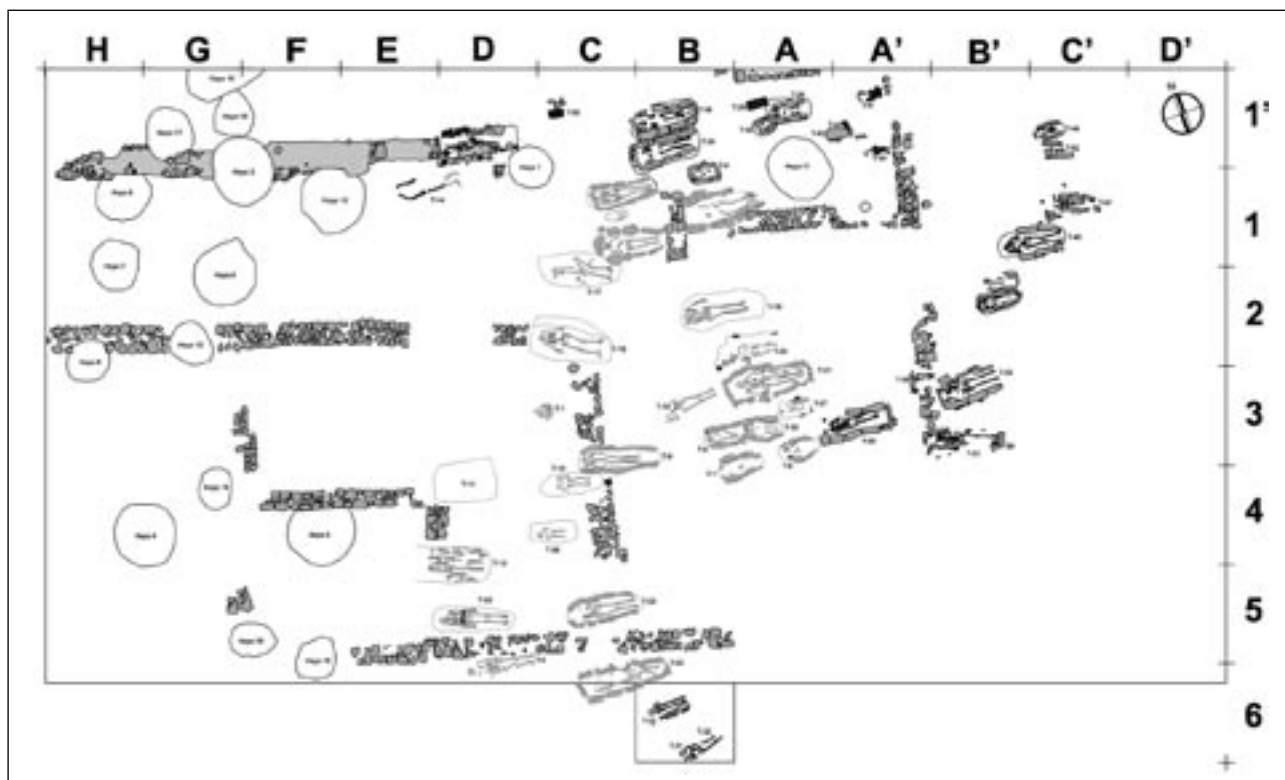


Figura 3. Planta acumulativa de las excavaciones en Prado Guadaña.

empleadas como calzos de paredes y cubiertas. Por lo general son de planta trapezoidal y la mayoría están dotadas de orejeras de piedra o teja en la cabecera.

- Tumbas de tejas: Un 17 % de las sepulturas se corresponden con este modelo, estando todas ellas destinadas a acoger restos de neonatos. Consisten en una teja, acomodada en una pequeña fosa, sobre cuya canal se dispone el cadáver del niño que posteriormente es cubierto con otra teja.
- Tumbas de muro: Con dos ejemplares representan un 5,7% del total de la muestra. Destacan por su cuidada factura, reutilizándose sillares antiguos en su fábrica y presentando sus fondos solados con argamasa. Sus lados largos están delimitados por muros formados por dos hiladas de sillares, mientras que los cortos se cierran un gran bloque de caliza y toda la obra va coronada con tejas y tégulas destinadas a calzar la cubierta de lajas.

El ritual funerario sigue las normas habituales del mundo cristiano. Todos los individuos descansan *decubito supino*, con la cabeza al oeste y los brazos doblados cruzando las manos sobre el vientre. Al contrario de lo que ocurría en las tumbas del momento hispanovisigodo, algunas están reutilizadas, aunque siguen siendo un porcentaje muy bajo (14%). Dos de las sepulturas contienen inhumaciones dobles.

Todavía aparecen algunas inhumaciones acompañadas de elementos de adorno personal. Se trata de pequeños objetos tales como anillos de bronce o de hierro y cuentas de collar. Estas últimas son de pasta vítrea, de color negro o beige, con filigranas blancas y se ajustan a una tipología propia de momentos tardos antiguos. Todas aparecieron en tumbas infantiles y, tal y como ocurre en la necrópolis de Momoitio (Garai, Vizcaya), lo hicieron de manera aislada y no formando parte de un collar. Por tanto, su antigüedad y su aparición aislada podrían ser indicio del carácter ritual del depósito (García Camino, 2002: 109-110).

Respecto a la organización espacial del camposanto, debemos señalar el predominio de las sepulturas infantiles que parecen concentrarse en tres grandes núcleos situados a escasa distancia entre sí. Dos de ellos están formados por tumbas de lajas con niños de edades comprendidas entre 1 y 5 años, mientras que el tercero está compuesto por tumbas de teja con neonatos en su interior. Por su parte, las tumbas de adultos se alinean en tres ban-

das, bastante irregulares, orientadas en dirección Norte – Sur, dejando calles entre sí para permitir la circulación por el interior del cementerio.

Una segunda fase está representada por 9 sepulturas. El criterio seguido para deslindarla de la anterior ha sido estrictamente topográfico ya que todas ellas se hallan a una cota más alta, coincidiendo su base con la cubierta de las más antiguas. Dada su posición extremadamente superficial –entre 10 y 15 cm- nada se ha conservado de la estructura funeraria que las contenía. Únicamente señalaremos que sigue tratándose de un cementerio seglar, ya que aparecen restos de mujeres y niños, y que una de las inhumaciones –que cubre a una tumba de lajas- presenta una orientación anómala Norte – Sur.

Rodeando el camposanto por su flanco occidental aparece un cingulo de silos excavados en el suelo. Estos se disponen en dos líneas paralelas que, en ningún caso y pese a su proximidad, interfieren el espacio destinado a los enterramientos. Se trata de estructuras de boca circular, de entre 1 y 1,5 m de diámetro, y sección cóncava, oscilando sus profundidades entre 0,5 y 2,2 m. Interpretamos este área de almacenamiento como un *cellarium* integrado dentro del *sacrarium* cementerial en el que posiblemente se depositaban los diezmos y/o las cosechas procedentes de la fábrica que dotaba al templo en torno al cual, hipotéticamente, se articulaba el cementerio¹. A partir de los materiales cerámicos recuperados en su interior se han podido establecer tres o cuatro grandes momentos de uso de los silos.

Al más antiguo pertenecen los hoyos nº 4 y 5. Ambos están rellenos por sendos paquetes de cenizas y carbones entre los que se mezclan un buen número de fragmentos cerámicos. Se pueden separar en dos familias cerámicas. La primera se constituye a partir de vasos levantados a mano y retocados con torneta sobre arcillas ricas en desgrasantes de cuarzo, mica y chamota de tamaño medio, horneadas en atmósfera reductora y, sobre todo, reductora – oxidante. El repertorio formal es bastante limitado documentándose únicamente ollas, una *sistra* y una gran jarra con fondo

¹ Respecto a posibles tierras asociadas a la fábrica del templo sabemos, por la donación de 1140, que tanto San Martín, como San Salvador, se entregaron a la Orden de San Juan *cum suo infantatiko* o conjunto de posesiones destinadas al mantenimiento de los Infantes reales, en este caso, de la propia Doña Sancha.

marcado y decorada con una retícula pintada en blanco. Por su parte, tanto las ollas, como la *sistra* están decoradas con grandes bandas horizontales hechas a peine que cubren la práctica totalidad de la superficie del vaso (fig. 4.1-3). Asociadas a ellas aparecen varios ejemplares de ollas de base abombada y jarras con decoración pintada en rojo o blanco de clara raigambre andalusí (fig. 4.4-6). Este conjunto se ha fechado entre los siglos X y XI.

Un segundo momento está representado por aquellos hoyos (nº 3, 7, 9 y 12 a 18) que han proporcionado cerámicas elaboradas a torno, con pastas de color pardo anaranjado, ricas en desgrasantes finos de caliza y mica, cocidas en ambiente reductor – oxidante. Tipológicamente presentan una mayor variedad que el grupo anterior, documentándose la presencia de ollas, jarras, tinajas, cuencos y platos (Fig. 4). Respecto a las decoraciones se aprecia un apabullante predominio de las bandas de estriados horizontales dispuestos sobre el hombro en combinación con finas molduras decoradas con impresiones oblicuas en forma de lágrima. Contamos, además, con algunos fondos marcados y, de manera casi testimonial, con varios ejemplares decorados con retícula incisa y líneas bruñidas. El conjunto puede fecharse en el siglo XII. Su contemporaneidad con la necrópolis parece fuera de toda duda ya que se ha localizado un gran fragmento de cerámica decorada con estrías y molduras formando parte de la fábrica de una de las tumbas de teja. Además, el hecho de que la mayor parte de los hoyos aparezcan amortizados con gran cantidad de piedras y tejas parece

indicar un abandono simultáneo de los hoyos, relacionado con la demolición de algún edificio o una posible remodelación del espacio de la necrópolis coincidente quizás con la llegada de los cistercienses.

Un grupo aparte lo constituyen aquellos hoyos (nº 6 y 8) en los que, predominando todavía las cerámicas pertenecientes al grupo arriba descrito comienzan a aparecer, de manera muy limitada, los primeros cacharros encuadrables dentro de las producciones engobadas de tradición mudejar. La datación de estos fragmentos es problemática. Para algunos autores se trata de una producción que arranca a finales del siglo XII (MORATINOS y SANTAMARÍA, 1991; VILLANUEVA, 1998), por lo que nuestros ejemplares bien podrían pertenecer a un momento terminal del área de almacenamiento, coincidente con la llegada de los cistercienses. Sin embargo, para otros investigadores (MARTÍN *et alii*, 1994) la producción tipo Duque de la Victoria, nace en la segunda mitad del la centuria siguiente, en convivencia con tipos y decoraciones plenomedievales, lo que significaría que el *cellarium* siguió en activo durante el primer siglo de vida monástica en Matallana.

Finalmente, un último silo (nº 11) se puede datar sin problemas entre finales del siglo XIII y el XIV. En él, junto a pequeños fragmentos residuales pertenecientes a todas las familias cerámicas arriba descritas, aparecen varios recipientes casi completos (arcaduz, tinaja, redoma) asimilables a las producciones engobadas de tradición mudejar. Es de destacar que éste sea el único hoyo que invade el espacio de la necrópolis, insertándose dentro del núcleo de tumbas infantiles con estructura de teja, y sus características se separan de los anteriores ya que a su forma acampanada hay que añadirle unas dimensiones (220 cm de profundidad) que desbordan con creces a los del resto. Por tanto, no cabe duda que se asocia a un momento en el que los monjes habitan Matallana y, posiblemente, Prado Guadaña ha perdido ya su función funeraria.

Bajo la abacial cisterciense, y también en la periferia de lo que sería el núcleo de habitación de *Mataplana*, hemos excavado la cimentación de una iglesia. Se trata de un edificio de grandes dimensiones (38 x 16 m) construido con muros de paños externos de mampostería y alma de cascajo, con refuerzo de sillares en las esquinas. Posee planta basilical, con cabecera constituida por tres capillas de testero plano, más ancha y saliente la central. El cuerpo de la iglesia se divide en tres na-

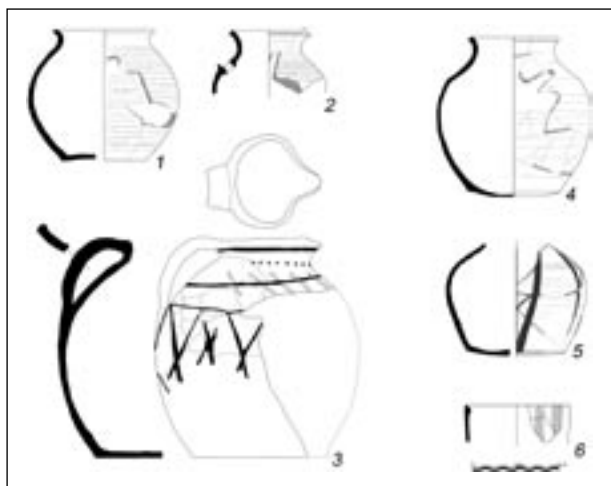


Figura 4. Materiales asociados a la primera fase de uso del *cellarium* de Prado Guadaña.

ves de tres tramos cada una separados por potentes basamentos cuadrangulares sobre los que se levantaban columnas o pilares para sostener la cubierta. A los pies de las laterales se disponen sendas estancias rectangulares de difícil interpretación. A juzgar por la ausencia de contrafuertes en los laterales de la iglesia, la cubierta debió consistir en una armadura de madera recubierta de teja. No descartamos, sin embargo, que la capilla central pudiera tener algún tipo de abovedamiento pétreo considerando que sus cimientos presentan una anchura muy superior a la del resto de los muros de la iglesia. En torno al edificio se dispone una necrópolis de tumbas de lajas.

Respecto a la cronología del templo, la tradición el monasterio, recogida en su Libro Tumbo, señala que los cistercienses ocuparon, hasta el inicio de la construcción de su iglesia abacial en 1228, un templo usado anteriormente por los Hospitalarios. La tipología de la planta señala hacia prototipos prerrománicos, recordando a las iglesias asturianas de los siglos IX y X. Sin embargo, por ahora el mejor elemento de datación son las cerámicas recogidas en los depósitos de nivelación sobre los que se asientan sus cimientos, tratándose de cacharros muy similares a los hallados en los hoyos que constituyen la primera y segunda fase del campo de hoyos arriba descritos y que se datan, como hemos visto, entre los siglos X y el XII.

5. VALORACIONES FINALES

A la vista de los datos arrojados por las intervenciones arqueológicas desarrolladas en el entorno del monasterio cisterciense de Matallana, los monjes blancos se instalaron en un espacio que, lejos de parecerse al desierto que exigía la legislación cisterciense, ya contaba con una larga trayectoria como lugar habitado.

Así, en Época Altoimperial existía en el lugar un establecimiento agrícola, posiblemente tipo villa, nacido a la sombra del oppidum vacceo y romano de Montealegre, identificado por algunos autores con la antigua *Tela*, que se sitúa 3 km al Oeste de Matallana. Los materiales cerámicos recogidos en diferentes puntos del yacimiento, con presencia de T.S.H.T. con decoraciones de grandes círculos y T.S.H.T. gris, parecen apuntar a la pervivencia de este núcleo hasta bien entrado el siglo V.

El final de la vida de la villa no supuso una despoblación prolongada del lugar ya que sobre sus

restos se asentará una comunidad campesina sin que podamos establecer si se trata de los descendientes de la que ya ocupara la villa o si, por el contrario, se trata de un grupo de nuevo cuño. Sea como fuere, el lugar experimenta una serie de transformaciones funcionales siendo la más evidente la destrucción hasta los cimientos de los edificios de la *pars rustica* de la villa y su posterior reconversión en área cementerial. Allí, a juzgar por las características de los depósitos funerarios que acompañan a los difuntos, se enterrarán los miembros de una comunidad de raigambre hispanorromana, casi con toda seguridad cristianizada. Los materiales cerámicos asociados a esta fase son insuficientes para datar con seguridad esta ocupación. Únicamente la botella aparecida en la necrópolis puede darnos alguna pista. Parece tratarse de un modelo cuya participación en los rituales funerarios se populariza a partir del siglo VII y que en algunos contextos habitacionales, como Fuente de la Mora (Leganés, Madrid), perdura hasta la novena centuria (VIGIL-ESCALERA, 2003:382).

Desconociendo en qué manera pudieron afectar al asentamiento los acontecimientos que convulsionaron la Meseta a lo largo del siglo VIII, hemos de esperar a finales de la X centuria para volver a constatar la presencia de población en Matallana. En este momento ya tenemos constancia arqueológica de la existencia de *Mataplana*, situada a escasos metros al Sur del emplazamiento de la villa romana, pero sin que parezca que llegara a superponerse a aquella. Prado Guadaña recupera, o continúa, sus funciones funerarias pero introduciéndose en ella una factor novedoso como es la instalación dentro del recinto cementerial de un área de almacenamiento. Si, como creemos, se trata de un lugar para la conservación de las rentas eclesiásticas del lugar nos hallaríamos ante las primeras evidencias de feudalización del lugar, proceso que se vería acentuado con la entrega de las iglesias de San Martín y San Salvador a los Hospitalarios y que tendría como colofón final la instalación de la abadía cisterciense de Santa María de Matallana.

6. BIBLIOGRAFÍA

ARDANAZ, F., RASCÓN, S. y SÁNCHEZ, A.L. (1997): «Armas y guerra en el mundo visigodo». *Arqueología, Paleontología y Etnología*, nº 4, Madrid, p. 409-452.

- AYALA MARTÍNEZ, C. de (1995): *Libro de privilegios de la Orden de San Juan de Jerusalén en Castilla y León (siglos XII-XV)*. Madrid.
- BARROSO CABRERA, R. y MORÍN DE PABLOS, J. (2006): «Armas en la arqueología madrileña de la Antigüedad tardía». *La investigación arqueológica de la época visigoda en la Comunidad de Madrid*, vol. III, p. 735-745
- GARCÍA CAMINO, I. (2002): *Arqueología y poblamiento en Bizkaia, siglos VI-XII: la configuración de la sociedad feudal*. Bilbao.
- GONZÁLEZ, J. (1960): *El reino de Castilla en la época de Alfonso VIII. II, Documentos 1145-1190*. Madrid.
- LARRÉN, H., VILLANUEVA, O., CABALLERO, J., DOMÍNGUEZ, A., MISIEGO, J.C., MARCOS, G.J., BLANCO, J.F., SANZ, F.J., MARTÍN, M.A. y NUÑO, J. (2004) «Ensayo de sistematización de la cerámica tardorromana en la Cuenca del Duero». *Cerámicas tardorromanas y altomedievales en la Península Ibérica: ruptura y continuidad (II Simposio de Arqueología, Mérida, 2001)*, p. 273-306.
- MARTÍN MONTES, M.A.; MOREDA BLANCO, J. Y FERNÁNDEZ NANCLARES, A. (1994): «La cerámica de época medieval procedente del casco urbano de Valladolid». *Boletín de Arqueología Medieval*, nº 8, Madrid, p. 111-162.
- MORATINOS GARCÍA, M. y SANTAMARÍA GONZÁLEZ, E. (1991): «Nuevas aportaciones a la arqueología medieval vallisoletana. La excavación de los hornos y testar del solar n.º 23 de la Calle Duque de la Victoria», *Arqueología urbana en Valladolid*, Valladolid, pp. 151-187.
- VILLANUEVA ZUBIZARRETA, O. (1998): *Actividad alfarera en el Valladolid bajomedieval*. Valladolid.
- VIGIL-ESCALERA, A. (2003): «Cerámicas tardorromanas y altomedievales de Madrid». *Cerámicas tardorromanas y altomedievales en la Península Ibérica: ruptura y continuidad (II Simposio de Arqueología, Mérida, 2001)*, p. 371-387.